

# Una estrella en la sopa

Miren Agur Meabe

Me encanta la sopa. Sopa de fideos y/o de letras, sopa de es-trellitas y/o de lluvia, sopa de garbanzos y/o de verduras, sopa de pescado y/o sopa de arroz.

Aunque la sopa tiene su parte mala: si tomas mucha te da bastan-tes ganas de hacer pis.

Mi padre la sirve demasiado caliente. Se me quema la len-gua. Pongo el plato en la ven-tana de la cocina. Mi madre protesta:

—Cierra la ventana, que hace frío.

Es verdad. Ya estamos en di-ciembre.

A mi madre lo que le encanta es planchar. Planchar y cantar. Tiene una voz que hipnotiza a los relojes. Mi padre le hace el dúo y/o toca la guitarra mien-tras vigila la olla. Yo hago los deberes en mi cuarto. Empieza el festival. Lo dejo todo: la mú-sica es un aroma que se propaga por la casa y me atrae irresistiblemente (exactamente igual que el aroma de la sopa). Me le-vanto a cantar un rato. Tenemos alma de artista. Acabamos achuchándonos. Decimos:

—¡Qué suerte estar juntos!

—¡Qué suerte tener salud!

—¡Que suerte que no nos fal-te de nada!

Un repertorio de «qué suer-tes» de felicidad. Hasta el otro día, que trastoqué la cantinela. En vez de lo de siempre, dije:

—¡Qué mala suerte tener tan-ta suerte!

Mis padres me miraron como si se les hubiera atragantado un signo de interrogación. Les ex-pliqué:

—Si no tuviéramos tanta suerte, tal vez tendríamos que trabajar en la calle. Tú, papá, to-carías la guitarra; mamá, tú can-tarías; y yo tocaría la flauta y/o pasaría la gorra.

Las carcajadas sonaron como platillos en un desfile.

—¡Con la competencia que hay...! Las calles están llenas de músicos extarordinarios...

—dijo mi padre.

—Eso es lo triste —dijo mi madre—: algunos son verdade-ros artistas que no tienen más remedio que tocar en la calle para sacar dos perras.

Me pregunto qué tendra de malo la calle.

—Artistas sin suerte... —añadió mi padre.

—Entonces me dais la razón —exclamé.

La cosa es que yo me muero por actuar en público.

Ellos seguían pensando en voz alta.

—Aunque a veces tiene me-nos suerte el que tiene mucha suerte pero no tiene un segundo para pararse a escuchar a los sinsuerte.

Las carcajadas se habían trans-formado en suspiros. Los rotun-dos platillos, en la delgada voz del triángulo. El tema de la suer-te resultó ser bastante complejo.

—Bueno, cariño —me dije-ron—, nosotros seguimos can-tando en casa, como hasta ahora, pasándolo bien. Y cuando salgamos a la calle, disfrutamos de los profesionales, ¿vale?

Esa conclusión no me con-venió. Estoy seguro de que la gente nos haría corro. Sincera-mente, creo que seríamos un conjunto de éxito.

Llevo un trimestre aprendien-do a tocar la flauta. Hasta ahora me sé la de *Si-si-do-re-re-do-si-la-sol-sol-la-si-sii-laa*, es decir, el *Himno de la alegría*; y también *Sol-sol-la-sol-do-siii*, o sea, *Cumpleaños feliz*. Este mes tengo que entrenarme con *Sool-la-sol-miii-sool-la-sol-miii*, más conocida como *Noche de paz*. Es lo que toca.

Después de darle muchas vueltas, tomo una decisión. Voy a actuar en solitario.

Éste es mi plan estratégico: 1. Preparar un buen equipo de abrigo (gorro, bufanda, guan-tes...); 2. Conseguir un bono para el metro; y 3. Elaborar una ruta.

En mi barrio no puedo tocar: no quiero que me reconozca na-die, de momento. Lo mejor será ir por estaciones: hoy, Siete Calles; mañana, Guggenheim; pa-sado, San Mamés; el siguiente, Deusto y/o Sarriko... hasta el BEC.

Tengo hora y media al día, lo que dura mi entrenamiento de fútbol.

Mi gira por la ciudad me da buenos resultados. Mis padres creen que estoy entrenando.

Cuando toco, la gente sonríe. Algunas personas me dejan una monedilla; otras no, esas que tienen tan poca, poca, pero tan poca suerte.

Mi mente práctica hace cál-culos:

—A ver si junto para un disfraz de samurái... y/o para un juego de ordenador...

Después del trabajo vuelvo a casa paseando: es bueno para el corazón. Además, la calle ense-ña mucho.

Por ejemplo.

Escucho al cantante guinea-no del parque, especialista en boleros con ronquera. Le bri-llan los ojos.

Escucho a la pareja de flau-tistas flacuchos con medias a rayas y pelo de colores. Dan saltitos bajo el puente con un vaso de plástico en la mano. Como yo, repiten una y otra vez la misma canción, sin de-sanimarse.

Escucho al acordeonista bi-gotudo del pórtico, que infla las narices emocionado con melodías de su tierra y/o con el olor que le llega desde la churrería de la esquina. (Lo en-tiende perfectamente: le brota el mismo sentimiento que a mí con la sopa.)

Escucho a la guitarrista japo-

nesa, encorvada en medio de la plazuela. Tirita, como inspirada por el sirimiri.

Escucho a la violinista emba-razada que toca junto a la fuen-te. Tiene los labios un poco mo-rados y un trozo de nube gris en la mirada.

Tanto pararme a escuchar, se me hace tarde. Corro. Llego a casa sofocado. Digo a mis pa-dres:

—¡Es que este mes el entre-namiento está siendo muy in-tenso!

Y es verdad que estoy entre-nando. A mi manera. Sólo miento a medias. Por si acaso, cambio de tema.

—¿Qué hay para cenar? ¿So-pita rica?

Pero anoche ocurrió lo que ocurrió.

Puse mi plato en la ventana, como siempre. Y me encontré una estrella en la sopa. No era una estrellita de pasta, sino una estrella rara y brillante, idéntica a otra que había en el cielo.

Por eso, hoy dedico el día a invertir. Me gasto toda la recau-dación del mes. Y más.

Compro un paquete de caramelos de menta en el kiosko, doscientos gramos de mortadela para bocatas en el super y una docena de buñuelos en la churrería. Una gorra de lana en el rastrillo... a cambio de diez tebeos! Y un chupete en la far-macia.

Los caramelos, para el can-tante. La mortadela, para los flautistas. Los buñuelos, para el acordeonista. La gorra, para la guitarrista. Y el chupete, para el bebé de la violinista, que tiene que estar a punto de nacer.

Se los regalo a mis colegas. Me estrechan la mano. Me dan un beso. Me dicen que cuando necesiten un socio, me avisa-rán sin falta, que estoy el pri-mero en la lista de aspirantes. Mi cabeza hierve imaginando los conciertos que daremos juntos.

Todo por la sopa. Porque la de anoche, la de la estrella, fue una sopa especial: la primera que, aparte de darme ganas de hacer pis, me ha dado también ganas de soñar. Y/o de amar.